

**GUILLERMO
SAMPERIO**

BODEGON

A Alma Sepúlveda

"... El país que es principalmente sótanos, subsótanos, altillos y despensas alejados del sol."

Ray Bradbury

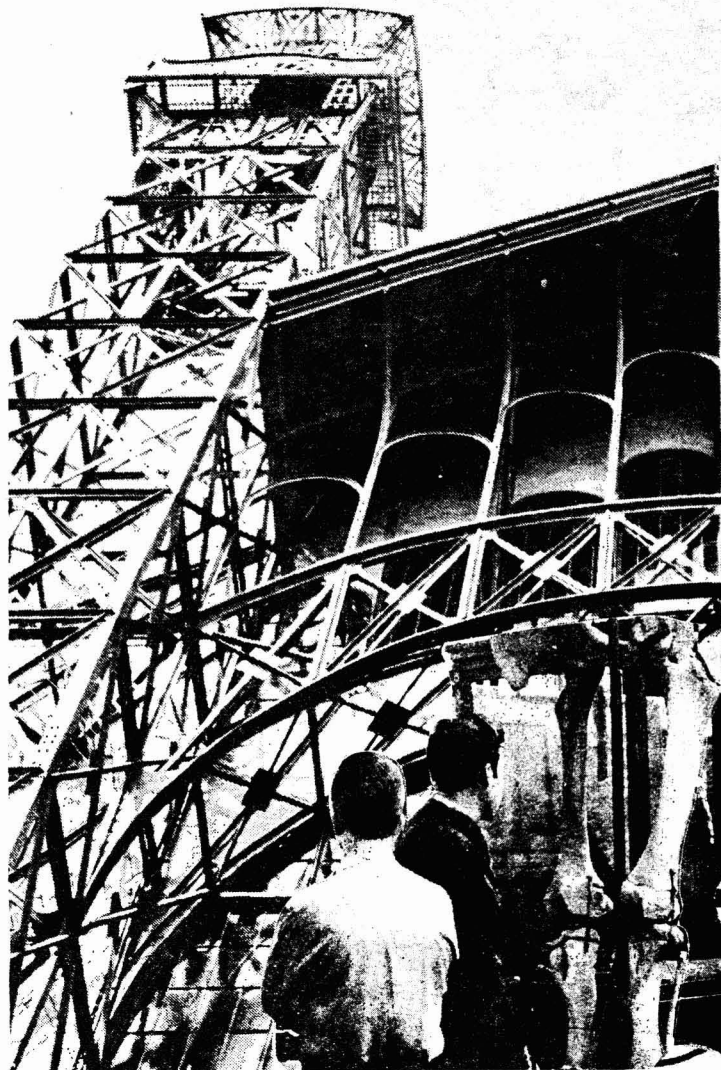
A la mamá de Otto le ofrecieron dinero para que expusiera a Otto en el museo. No sabes si aquello fue una guasa o si hubo algo de verdad, pero lo que haya sido.

Aunque te has esforzado por evitar los llamados de esas gentes que, no sabes por qué, has denominado Secta, con ese mayúscula, hay por ahí dos parientes que te atraen por medio de una cuerda que no puedes definir, pero que al menos intuyes. Pero todo lo intuyes o crees que lo intuyes, ningún problema lo has querido aclarar: intuyes que usas calcetines y camiseta y que te gusta tu prima Lú. Pero muy en el fondo comprendes que la intuición es una especie de coraza, de ponerse detrás del muro para llorar. Rebuscas momentos de seguridad y extraes tu locura por las películas de Hitchcock, tus lejanos deseos de salir del país, inclusive, tus lances de político estudiantil; pero nada de las nadas, surge la coraza, reglas, atrasas, tapas el sol de tu cerebro con el dedo meñique y te pones dentro de la vitrina mostrando tu ojo, aunque estés en la calle o en la cama. Intentas reponerte: en la actualidad cantan otras notas musicales tus zenzontles disecados. Y dices notas musicales para ganar ambigüedad, para que las ideas queden un poco fuera de las palabras. Miras en tu cabeza una cola a la entrada de un museo, cada persona carga una bolsa de recuerdos, de vida detenida, de pensamientos y sueños, de hechos que se imaginan en la vigilia. La prima Lú espera en el cuarto o quinto lugar con su cargamento: una bolsa de polietileno llena de ardillas y trilobites. Las ardillas son de color blanco y sepia. Observas clarito los ojos de vidrio de las ardillas blancas: azules y rojos. Tu prima también tiene los ojos azules, pero los ojos son otros, parecidos a los de la comadreja. Y como la mayoría de los acontecimientos son absurdos o así te lo parece o porque en la actualidad todo se combina y se trueca, el Museo tiene una sala de cine; la *Sala Chopo* que sólo proyecta películas mudas, señoras y señores.

Aparte de este insólito hecho, la *Sala Chopo* presenta la peculiaridad de que nada más tiene una butaca, y a la entrada, en lugar del depósito de boletos común y corriente, hay un acuario con peces de verdad. Intuyes que la gente que espera, incluyendo a tu prima, viene a ver la función.

NO HAY PERMANENCIA VOLUNTARIA

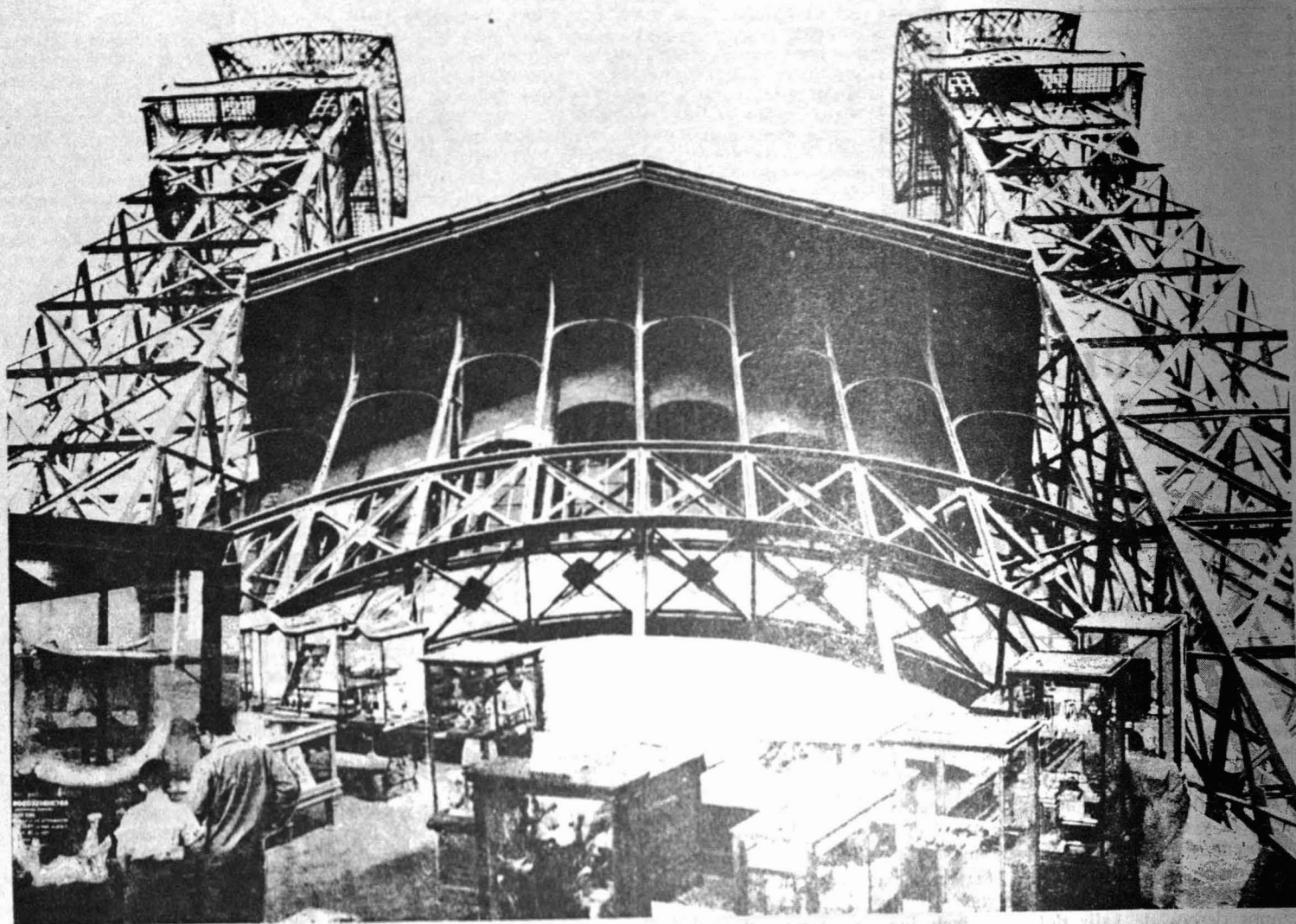
La voluntad está de tu parte, y con toda razón exclamas: por lo menos que dentro de mi cabeza se haga mi voluntad. Regulas. Te asalta la vacilación. La vitrina. ¿Hasta qué punto lo de afuera no está dentro? ¿Quién puede afirmar tan categóricamente que tu museo interior no es, quién sabe de qué desgraciada manera, la intromisión del museo-ciudad, del museo-calles, del museo-casa, y que todo lo que se mueve puede, en el fondo, estar suspendido, solamente esperando el zarpazo de la muerte? Tú mismo te has mofado de la dialéctica y has dicho que si de casualidad existe una dialéctica, es la dialéctica de lo torcido. Pero con sobrada razón pides voluntad en tu cabeza, aunque sea voluntad para intuir, para adorar a Hitchcock,



para rozar un blanco brazo de la prima Lú, a pesar de lo raro del museo interno.

Por consiguiente parece que las células se intercambian numerosos mensajes, que tienen, entre otras, la función de mantener cada célula "en su lugar" y regular su movimiento durante la morfología.

Sería una estupidez repetir la función igual que en un cine comercial; las gentes deben irse a sus casas para meditar el espectáculo. Otra noche pueden regresar y les proyectas lo mismo, lo mismo, lo mismo. Para entonces los detalles más insignificantes cobrarán vida, al dinosaurio le faltarán los huesos que le faltan, la humedad será una humedad real, sin musgo de sobra. Para Lú tienes una escena, la escena preferida de Lú: aparece Max Linder vestido de overol blanco y con esa terrible gracia de Max, como si todo fuera mirarse en el espejo, se desabotona el overol y desde su aparente corpu-



lencia comienzan a surgir muchas ratas blancas (tienes obsesión por el color blanco); mientras tanto Lú, sentada en la única butaca, desamarra la bolsa y los trilobites, a duras penas, se arrastran sobre su falda, las ardillas saltan y corren hacia la pantalla para reunirse con los animales de Max Linder; y cuando las ardillas pululan por la manta, casi desesperadas, la película se quema, aparece el clásico caramelo retorciéndose, el rostro de Max se contorsiona y las ratas y las ardillas se consumen en el mismo cuadro de la cinta. Por su parte, los trilobites —aquellos que lograron llegar— truenan y saltan como frijoles mágicos. Lú, segundos después de la catarsis, contempla el panorama de la Sala, se pone de pie, patea dos trilobites-sanguijuelas y comprende el vacío y el frío. El túnel de luz sigue clavado en el velamen. Lú dobla su bolsa, sabe que ya no hay nada qué hacer, que no es necesario encender luces y abrir puertas y poner anuncios para la dulcería. Lú conoce el laberinto de vitrinas. Lú abre un estante y entra a lo que ella denomina casa. Lú tira la bolsa sobre la mesita de centro. Escucha el ruido metálico de la puerta.

- Qué milagro, Otto. Qué cara de bobo te cargas. Pásale.
- Pues nada, dando una vueltecita.
- Pásale.
- La cara de bobo la traigo siempre, acuérdate.

Con lo que respecta a tu cara tanto ella como tú sobreentienden que existe una falsedad, una hipocresía compartida; eso de la “vueltecita” es otra gran mentira: te morías de ganas por llegar y circular por el teje maneje de pasillos y olores. Estás aquí por ese malentendido gusto de acercarte al cuarto de la abuela Zuberá, para intuir algún misterio más allá de la puerta. Y también, ¿no querías encajonarte en el estudio del tío Wilhelm y escuchar algo de ópera, comentada por el mismo Wilhelm y mirarle los ojos a Lú o simplemente quedarte sentado, recargado, acomodado en cualquier zona de esa casa y de ninguna otra? Debiste decirle a tu prima que no era una vueltecita común y corriente, que llegaste por medio de una “ida directa y premeditada”; que llevas el propósito de platicarle lo de la intuición y lo de las ratas de Max Linder.

Aunque Lú te ha invitado a pasar, sigues parado entre las rejías, mirando las grandes bolas de granito, escrutando los ven-

tales y como queriendo descubrir un secreto en los ojos de Lú:

- Creo que exageré.
- Qué dices.
- Nada.
- Entra que me muero de frío.

Entran en la sala. Percibes el primer olor: amoníaco, y de inmediato piensas: amonite, neumodermo y... le paras, porque tu asociación espontánea te llevaría hasta macrópodo, cheltopusic. Observas con amargura que la bolsa de las ardillas no está; quizás la escondió antes de abrir. No lo puedes comprobar. Pero no la escondió, la bolsa no pudo salirse de tu museo, en fin.

—Ya lo conocías, es mi novio.

—Mucho gusto.

—Mucho gusto.

(¿Otra falsedad?) Ahora sí has puesto la mejor cara de bobo que pudiste encontrar. Cómo no darse cuenta de que ahí se encuentra un tipo y que seguramente del estudio de Wilhelm viene la música de clavicémbalo. Lú te dice que vayas, que su papá está desocupado. Después del mucho gusto, aplicas otra fórmula: compermiso.

—Estás en tu casa —contesta él.

Comienza el teje maneje y te gusta porque estás habituado a las sensaciones de protección que te ofrece el reducido espacio de los pasillos y corredores. Percibes muy claro que la lluvia se hace presente allá afuera, en la ciudad-museo; es como un sonar de millones de tamborcitos que te viene desde el juego de triángulos de la techumbre. Y detallas aún más: son tamborcitos de fierro que se entremezclan con la música del clavicémbalo para ofrecer una sonata de escándalo. Y sin saber por qué te sientes contrariado, pero también a gusto con la defectuosa acústica de la edificación, con ese sucesivo entrechoque de los ecos del teclado del clavicémbalo y de los tamborileos, como si fuera una fuga desacomode. Tal parece que la música de Scarlatti se apresura por escapar, por largarse aunque sólo sea hacia la noche marroquí; pero en su desesperado afán por escurrirse del ambiente, y al presentir una inexplicable taxidermia de corcheas y semicorcheas, pa-

rece un murciélago desequilibrado chocando y rebotando y produciendo un silencioso escándalo de membranas doloridas. Y a esto habría que sumarle el choque de tus zapatos contra el mosaico, el concierto de la lluvia, el rechinar de un tranvía y los ecos de las voces de Lú y del hombre que ella, sin ningún trámite, llamó novio. Del ambiente te llega otro aroma: naftalina; te detienes al darte cuenta de que has pensado aroma y no olor; miras tus zapatos en la penumbra, mientras una leve sonrisa se perfila en tu cara. Intuyes que no está bien eso de aroma, y sin ninguna mediación te preguntas que si no hubiera sido mejor que las ratas de Max Linder fueran grises, porque aroma y color gris hacen una pareja sospechosamente agradable. La leve sonrisa se transforma en franca carcajada, pero de inmediato te cubres la cara al percibir que la sonata de tambores, aromas, vitrales y clavicémbalo se descompone aún más con el ruido de tu garganta. Regresa la fuga, pero ahora representa una verdadera fuga, interpretada por manos torpes, que dan la impresión de que llevan mucho tiempo intentando un ordenamiento consciente de los dedos, pero que sin querer, a pesar de la rabia y de la baba, el índice se adelanta, el anular se niega y luego hay un movimiento brusco, incontinente, de todos los dedos para producir esa multiplicidad de sonidos que muy en el fondo podría afirmarse que es una fuga y que, en realidad, no es otra cosa que un Scarlatti angustiado, un murciélago que agoniza en su propia oscuridad, en la oscuridad de esa construcción que emerge silenciosa en el museo-calle; y no sabes y el murciélago tampoco lo sabe, que si de casualidad se llega a realizar el escape, aún habría la incuestionable posibilidad de enredarse y chocar en un golpe de gracia contra alguna de las torres, que hace bastantes años aventuraste a denominar chapiteles.

Al percatarse de la cómoda que tienes en tus narices no puedes contener un lipedóptero, macaón, mariposa, cheltopusic, saurio, lagarto, zarigüeya, didelfo, cola prensil, zorra; pero esta vez no detienes ese caminar, porque de alguna manera hay una concordancia con murciélago, tambores de lámina, gris, naftalina, Zuberá, ojos azules, bola de granito, *Sala Chopó*, Lú, intuición y Wilhelm. De momento te surge el deseo de ir al cuarto de la abuela Zuberá porque imaginas que la naftalina se encuentra ahí dentro y que a partir de ese cuarto estarías en posibilidad de arribar a un ordenamiento de imágenes y sensaciones; pero el tío Wilhelm, sí, Wilhelm. Ya estás a unos pasos de Wilhelm y decides que mejor Wilhelm, nada más que Wilhelm.

Sin embargo, cuando un grupo de células terroristas", retarda la transmisión del las, que L. Wolpert ha llamado "célula-mensaje o, en su defecto, el mensaje no es realizado..."

—Cómo estás, Otto.

—Bien tío, y ustedes.

—Pues yo, escuchando a Scarlatti.

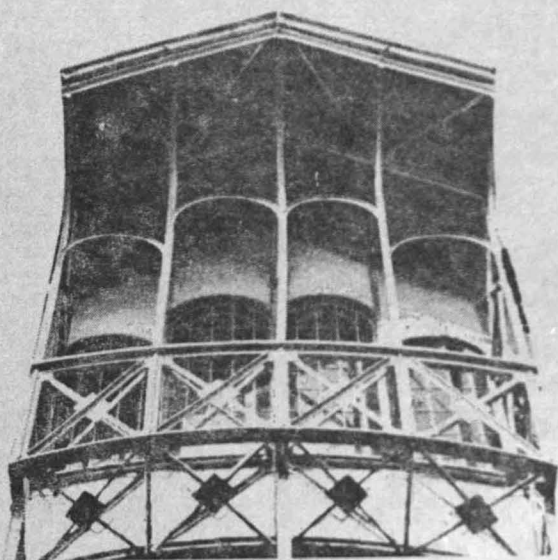
Mientras Wilhelm recoge unas monedas de la mesa y te indica una silla, piensas: Siempre que vengo a esta casa me siento en entredicho, como si estuviera forzado a dar una explicación detallada de cada palabra, de cada pensamiento, de mis calcetines, de mi camiseta. ¿Por qué fumo Delicados sin

filtro? ¿Por qué me gustan las palabras trilobites, zenzontle, bicicleta, neumodermo, cheltopusic, dinornítidas? ¿A qué se debe que teniéndole pavor a la claustrofobia, me agrade estar encajonado, cerrado, pero no lejos de la gente; a qué se debe? ¿Por qué tuve que enamorarme de algunas palabras y, por medio de ellas, entrar al gusto infernal por los crucigramas y los acertijos y por todo lo que implique suspenso o teje maneje? ¿Por qué desde siempre estuve enamorado del blanco brazo de Lú?

Cuando venías por Insurgentes pensaste que después de varios meses sin pararte por allá, era necesario construir una historia portentosa. No te creerían la disculpa de que en cada visita quedabas exhausto y liviano, y que por ese motivo estabas forzado a dejar que pasaran los meses para que se acumularan sucesos, miradas, fobias, dificultades, gozos, obsesiones y llanto detrás del muro; para así poder llegar hasta Orozco y Berra, caminar hasta el fondo de la calle, acercarte a lo que ellos denominan casa, golpear con una pluma los barrotes como si fuera marimba y por último golpear la puerta con la aldaba. Entrar hasta Scarlatti y los armarios y hasta las monedas antiguas que Wilhelm no sabe o no quiere saber con qué limpiar. Cómo externalizarles que al entrar en la casa presientes intensísimamente que está pasando algo fuera de lo común, o que en realidad intuyes que en alguna esporádica visita sucederá cualquier cosa menos el monótono rodar de las bicicletas y ese duro dormir de los fósiles. Para qué decir que tu tío acaba de entrar en la *Sala Chopó* con su respectiva bolsa, llena de gusanos con pies de dedos. Es una bolsa de lona que Wilhelm tiene que sostener con ambos brazos. Los gusanos son un poco más grandes que los normales, miden alrededor de treinta centímetros, gordos, y los pies son dedos de mujer joven. No dejan de agitarse como si les perforaran el estómago a miles de mariposas. El rostro de Wilhelm muestra temor y repugnancia; podría afirmarse que no se identifica con sus gusanos. En una ocasión, más o menos por el pasillo de la cabra de dos cabezas, el tío Wilhelm soltó la bolsa y los gusanos saltaron en varias direcciones, revolcándose entre el polvo y estrellando otros cristales de los aparadores. La cola se agitó, algunos escolares salieron despavoridos; tus ideas pisotearon dedos y cuerpos rechonchos; había que detener el desequilibrio. Esa tarde suspendiste las proyecciones.

HOY NO HABRÁ FUNCIÓN

Hasta que los personajes del museo-otto retomen sus lugares precisos y la cola vuelva a la normalidad. Desde aquella vez, tu vecina Gilda desapareció, tal parece que sus gorriones sin patas salieron volando por los huecos de los ventanales y del vitral del frente, y nadie pudo hacer nada por ella, sobre todo porque la gente se encontraba demasiado entretenida cuidándose de los gusanos de Wilhelm. Cosa graciosa, la gente huyendo de los gusanos y tus ideas pisoteándolos; pero, entre otras cosas, no pudiste evitar ese desorden, la culpa fue del tío Wilhelm, el responsable de la crisis sólo podía ser él, Wilhelm, nada menos que Wilhelm. Han pasado los meses y ya controla mejor la bolsa, a pesar de los chipotes que surgen, zig-zag, por toda la lona. En la función de Wilhelm rompes un poco con las reglas del Museo (¡bueno!, después de todo), en esa función sí hay sonido, pero desacorde



con las secuencias proyectadas. Sale una toma de *El acorazado Potemkin*, el mar al principio es manso, pero en medida de que el acorazado avanza de izquierda a derecha en la pantalla, para perderse en la oscuridad de la sala, las aguas se agitan, viene la marejada, el rectángulo blanco tiende a desbordarse, es imposible que la tela resista y el líquido brota buscando espacio, entonces Wilhelm no se preocupa ni siquiera por abrir la bolsa, el agua rasga la lona y arrastra a los gusanos hasta la playa de la Salida de Emergencia. Como si fuera un muñeco de plomo, Wilhelm se queda atornillado en la butaca, porque has decidido que para él las aguas tengan la consistencia del viento ligero que despeina a los mirlos. Una canción de Pink Floyd acompaña la función. Wilhelm se para, echa el asiento hacia atrás, se sacude el pantalón como si estuviera quitándose los restos de unos pistaches. Se peina las canas, se retira el sonido y también tu tío, que te dice:

—En qué piensas.

—En nada. Miraba cómo limpias las monedas.

—Esta es de 1847. Las pienso mandar a que les den un baño de oro. De oro bueno. He estado pensando en tu madre.

—Las de la cajita son centavitos, ¿verdad?

—No, son alemanas, eran de mi mamá, las encontré entre sus cosas. También había un dólar de plata. No te lo enseño porque lo tengo —señala el ropero— guardado. ¿Cómo la has pasado?

—Bien.

—Fuimos a dejarle unas flores a tu madre y tú no habías ido, los floreros estaban vacíos.

—Fui muy tarde y ya no me dejaron entrar.

—Creo que debes respetar su memoria. Nosotros la quisimos mucho y parece que ella nos correspondía de igual manera, estoy seguro.

—Es que.

—Todo el tiempo que estuvo con nosotros nunca hubo motivos para una mínima fricción. Tuvo mucha paciencia con tu abuela Zuberá... Ella sí era mexicana.

Mientras Wilhelm observa una moneda como a través de un telescopio, Scarlatti abandona el estudio; llegan apenas los ecos de las voces de Lú y su novio. Se te ocurre pensar que los ecos vuelan con dificultad, abriéndose paso entre los aromas y la música de los tambores pluviales, que quizás vinieron al mosaico, buscando los recovecos oportunos.

—¿No tienes algún disco de Chaliapin?

—Cómo no. Tengo una joyita grabada en Rusia. ¿Te gustan los bajos?

Wilhelm saca del disquero una pasta de color rojo, y por el tamaño le preguntas que si es de 78.

—Es de 33, nada más que más chico. Lo tengo rayado en la aria de Mefistófeles; se me hace que Lú me lo hechó a perder. Es una desgracia este tocadiscos. Después te pongo un bajo que te va a gustar, nada más que no es profundo.

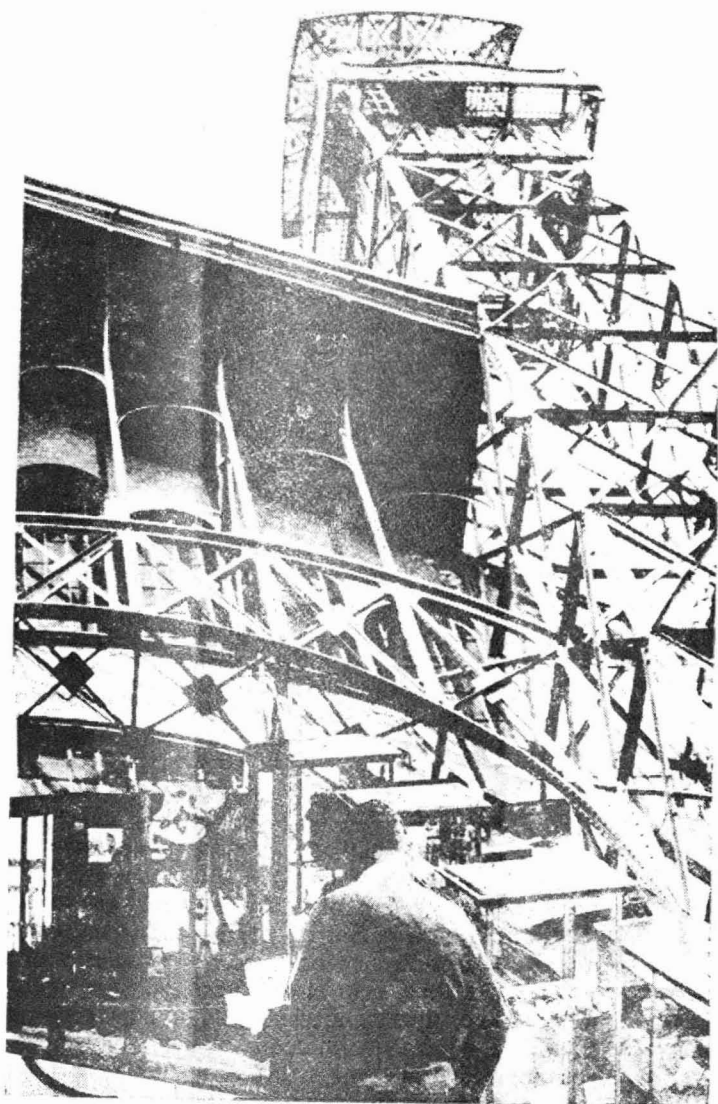
Ya se avecina la palabrería que te llegará desde tu tío. Nunca le falta qué platicar. Al rato te dará una cátedra de música clásica. Las voces irán apareciendo para poblar el estudio, escucharás distintos tonos, gorjeos, respiraciones bien aprovechadas. Si les alcanza el tiempo, Wilhelm sacará el cuaderno para leerte los poemas de siempre; porque tú sí lo escuchas, a ti sí te gusta la ópera; los cuadros que pinta los observarás como si estuvieras frente a un Magritte. Por tu parte, aunque sean dudosas las afirmaciones de Wilhelm, sólo

te quedarás sentado sin articular una palabra o cuando mucho dejando salir tus acostumbrados monosílabos, pero, además, a eso fuiste, a callarte unas horas y a introducirte en sus sueños y en sus vidas. Con Wilhelm experimentas lo contrario que con Lú, prefieres escucharlo, que te cuente lo que le venga en gana; a Lú quisieras platicarle cada milímetro de tus experiencias. No intentaste, en varias de tus "visitas familiares", transmitirle a Lú el impacto monstruoso que te causó *Los pájaros* de Hitchcock, y que después de la película, mirabas a la vida con unos ojos-mirlo, que practicaste, inclusive, una vida-mirlo, que buscaste por las calles del Distrito Federal otras vidas-mirlo para agregarlas a tu Museo de objetos multisimbólicos. Y que la mayoría de las películas de Hitchcock arribaron a tu cuerpo como un transatlántico en la Avenida Juárez, para que tus horarios, tus coleópteros y saurios, tus espiadas a la vecina, tu frustrada carrera, el blanco brazo y los ojos azules de Lú, para que todo eso se pusiera a tambalear ante la acometida de ese trasatlántico, que tú mismo aceptaste como si fuera un simple y llano dinosaurio.

Claro que te mueres de ganas por contarle a Lú que no sabes nada de ópera, que apenas has oído hablar de Chaliapin y que hasta este momento te acabas de enterar de que es un bajo profundo; aceptarás que te "agrada" la ópera pero que no encuentras el agujero por dónde comprender la belleza de esas voces que de chico llegaste a odiar y que es probable que sigas odiando, sobre todo si traes a colación los aromas y tu pómulo y tu ojo y los grises y los pelos en la frente; admitirás que la aria de Mefistófeles, a pesar de ese trak constante, te transmite algo que tú intuyes como frescura, como un brazo levantando un tractor; pero nada, señoras y señores, nada, reculadas, te encucillas, te acochinillas y te largas hasta la *Sala Chopin* y Max Linder y el acuario con peces de verdad, hasta la ciudad-museo que abandonaste a tus espaldas. Te reencuentra el consuelo-mirlo de que un suceso inexplicable está por fraguarse en el interior de un cuarto, allá, al fondo del laberinto de biombos y pasillos. Te da por imaginar un acertijo en el que los cuadros de animales con patas de dedos que pinta Wilhelm te señalan un camino de comprensión; pero luego abandonas el acertijo porque la señal es más que obvia.

... "la posición" de las células afectadas quedaría fuera del control normal de los procesos metabólicos.

Te sumerges en el recuerdo del sueño que te contó Wilhelm, del sueño que llevó a Wilhelm a pintar lo que ahora pinta: una ciudad se distorsionaba a su alrededor y que unos túneles color carmesí terminaban su profundidad exactamente en sus ojos y que de muy lejos hasta allá se acercaban unos animales rarísimos cocodrilos con cabeza de mandril, mariposas con cuerpo de león y pies de dedos de hombre maduro múltiples combinaciones pero que lo que más me aterraba del sueño eran los dedos, lo humano que se colocaba en aquel zoológico fantástico; si los dedos diferentes como los tuyos y los míos y cuando los túneles se habían disipado y la panza de un cocodrilo-mandril me asfixiaba desperté y entonces me dije que tenía que dejar de pintar paisajes y mujeres arias para descubrir el significado de los sueños aunque odie el surrea-



lismo y así poco a poco me he ido metiendo en la pintura de esa corriente.

—¿Y no has vuelto a tener el sueño de los dedos?

—No. Escucha qué voz.

Chismes, dictaminó Wilhelm, calumnia solapada; cuando se sueña con ratas eso quiere decir chismes, cizaña a tus espaldas, cuídate, terminó por decirle a Lú. Hasta qué punto estabas de acuerdo con el significado que Wilhelm le atribuía al sueño de Lú. Opinabas que para tu *Sala* era muy precaria la tal significación, que resultaba muy elemental pensar en simples chismes o en calumnias. Pero qué cara pondrían si les confesaras que tú te soñabas encerrado en el cuartito de la abuela y que, a pesar del esfuerzo desesperado de tus pulmones, la respiración se te apagaba por tanta rata y tanto gusano sofocándote, obstruyendo la salida, y que estabas a punto de gritar pero que las cuerdas vocales se atascaban en el lodo del silencio. De seguro que no pondrían ninguna cara de sorpresa ni nada parecido, lo tomarían con tranquilidad y una explicación superficial serviría para darte a entender que no exageraras la nota. Pero, entre bizcocho y bizcocho,

descubrirías una mirada cómplice de padre a hija, en ese orden, de padre a hija, para que de inmediato dedujeras que ellos habían descubierto el porqué de ese zoológico persiguiéndote. Entonces —pensarías— el viejo cuadro del halcón sin patas, que aún no estaba terminado según Wilhelm, estaba claramente relacionado con los gorriones de Gilda. Y qué casualidad que aunque sólo los visitabas de vez en cuando, y que en el fondo nada más te unía a ellos algo inclasificable, sí, qué casualidad que sólo pensaras en ellos y que casi por inercia llegaras hasta la aldaba y que al entrar la casa fuera, desde luego, un tanto oscura, pero por lo demás completamente normal, hasta un novio y música clásica y bizcochos y café con leche y moneditas antiguas. Claro que no podrían ninguna cara, más que la de siempre; a quién se le puede ocurrir que precisamente ellos iban a poner una cara de sorpresa. Y que mirando las cosas con unos ojos-mirlo, te iban a venir a engañar a ti, nada menos que a ti.

—¿Sigues tomando tus clases de inglés?

—No.

—Ya decía yo que se necesita constancia.

—Pues sí.

—Cangrejo, es lo que eres, un duro cangrejo.

Y por qué la ironía de Wilhelm con ese lugar común, por qué siempre se refiere a tus actividades con lugares comunes. Cuando le comentaste tu decisión (o, ¿indecisión?) de abandonar la carrera te dijo que algo tenías que hacer en la vida, y así podrías ir formando un ejército de lugares comunes. Pensabas que los decía para que tú te fueras al otro lado del lugar común, para que sintieras que cada frase que ellos transmitían (porque no sólo era Wilhelm) implicaba lo radical contrario. En ese simple *entra que me muero de frío* de Lú se encerraba un cosmos de comprensión, implicaba que lo que no habías descifrado durante toda tu vida, ella lo había resuelto con sus ojos azules de un chispazo; sabías que el blanco brazo de Lú concentraba la capacidad de una mañana nublada para derrotar el ánimo de cualquier clase de vida, de cualquier sueño, de cualquier chimenea humeando allá a las cinco de la madrugada.

—No te preocupes. Siempre se va a esta hora.

—¿Sí? —preguntas, con la voz casi quebrada.

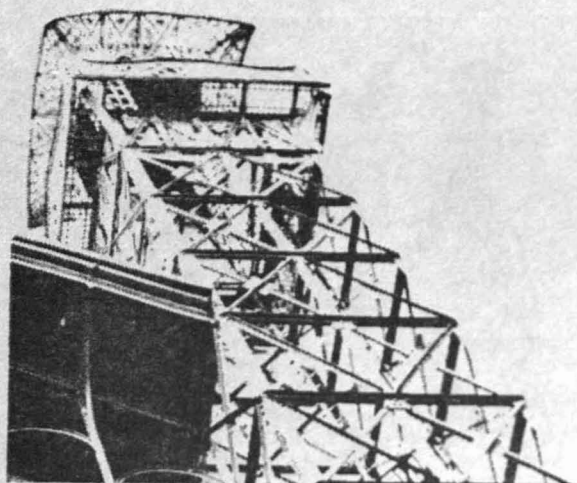
Te asomas por la ventana para cerciorarte de que en realidad se va la luz en toda la colonia. La respiración se te normaliza al darte cuenta de que sí, de que la calle está a oscuras. En el trasfondo de la retina aún te queda una especie de luz fosforescente, es el recuerdo de la claridad de la lámpara; y al mismo tiempo, también como un recuerdo, ronda tu cabeza la voz deformada y pastosa de un Chaliapín que se callaba lo mismo que la lámpara.

—¿Tardará mucho en venir?

—A veces sí, a veces no. Pero es una desgracia que se haya ido en este momento.

El cuerpo de Wilhelm se mueve, supones que camina hasta el tocadiscos, que levanta la aguja para que no se siga rayando el disco. Escuchas su respiración y luego que sus pies se arrastran hasta donde estás, miras un bulto que se agacha y que del buró saca una vela que prende luego luego. Ansías que venga la luz lo más pronto posible, la vela no representa ninguna seguridad, las cosas no pueden quedar dependiendo de un pabilo.

—¿No tienes otra vela?



—No, este pedazo es el único.

Dejas por un momento la idea de otra vela y resuenan las palabras. Pero es una desgracia que se haya ido en este momento. Lo dijo muy seguro, como si hubiera preparado la frase mucho antes de que llegaras de visita. Te preguntas que si en realidad se va la luz a esa hora o que si no es una casualidad premeditada; no pensaste, en cuanto la oscuridad se apoderó del estudio, que era muy probable que Lú hubiera bajado el *switch* para jugarle una guasa de mal gusto, y que en ese momento tu tío y el mentado novio y ella misma procederían a realizar lo que detalladamente habían planeado. Y por qué Wilhelm no respondió: “No, no tarda ni diez minutos”; sino que contestó con ese ambiguo a veces sí, a veces no. Ahora te inunda un escalofrío porque intuyes que todo ese atado de imágenes y sensaciones se te revelará muy pronto como la luz fosforescente en el traspaso de tus ojos. Entonces comprendes que Wilhelm no necesitaba responder con esos lugares comunes para suponer que los lanzaría; que no era indispensable decir: “Siempre se va a esta hora”, para que tú supieras que no, no se iba a esa hora, que en esa colonia nunca se iba la luz, que Wilhelm recordó millonésimas de segundo antes de que se apagara la lámpara que eso tenía que responder. Para que tú te sumergieras en la eternidad, en Hitchcock, en aquello que te traía loco del cuarto de la abuela Zuberá.

—Porqué no vas con Lú, a pedirle otra vela —propone Wilhelm.

—¿Y el novio? —con la voz quebrada de nuevo.

—Qué tiene el novio. ¡Ah, vaya! No, ya se fue hace horas.

—Bueno.

Es entonces cuando la morfogénesis se trueca en una patomorfogénesis...

Te sabes de memoria el crucigrama de pasillos y hasta sin querer llegas a decir en voz baja: mamut, saurio, cheltopusic, duro fósil. Y sin que te lo llegues a explicar, ese resolver el crucigrama te desencadena un ruido escandaloso en la cabeza, en el museo-otto, y lo único que atinas a comprender es una palabra: murciélago. Sí, ahora Scarlatti vuela desesperado en el museo-otto y todo está oscuro, en los dos museos, en los tres museos, en los diez museos; el sonido de la lluvia parece aguacero y los ruidos en tu cabeza aumentan, se escucha un quebradero de vidrios, quizá algún grito en el fondo del ruidal; pero caminas, tus piernas no se detienen y mueves los brazos como si el océano de Wilhelm estuviera rodeándote y ahogándote; corres un poco y te percatas de que al avanzar disminuye el desorden; corres otro tanto y el murciélago vuela mejor, vuela sin tanto tropiezo, como que recupera la vida, su aguda sensibilidad; y como si te entrara un fogonazo de claridad comprendes que te diriges hacia el cuarto de la abuela Zuberá y que en la medida de que te acercas a él se produce un franco ordenamiento en el museo-otto. No puedes adivinar en qué lugar se encuentra Lú, piensas estúpidamente que por la respiración la podrías descubrir; es probable que esté en la cocina o en la sala o detrás de un anaquel o en el baño; no percibes su respiración. Encrucijada: el cuarto o Lú. Que por lo menos se haga tu voluntad en el museo-otto. Pero la

encrucijada es una falsa encrucijada, el acertijo es un pueril acertijo, el suspenso es una masturbación mental; ahora entiendes profundamente que lo que te gusta de Hitchcock no es tanto la historia-suspense en su conjunto, con todo y solución y ojo y pelos y descubrir el asesino; te gusta todo menos que se resuelva el ¿quién fue? Y, además, la encrucijada es una falsa encrucijada porque a nadie pueden engañar, ni a ti mismo como es tu costumbre, de que te diriges sin remedio hacia el cuartito de la abuela Zuberá, y de que no hay Lú ni Wilhelm ni Mamut ni Max Linder, y que, si de casualidad hay todo eso, es en función del cuartito, sólo en función de él, y que si existe una encrucijada es entre largarte para regresar dentro de ocho meses o entrar al cuarto; esa es la encrucijada de todas las veces, en las que siempre ha vencido la negativa a descubrir el ¿quién fue? El murciélago vuela ahora como llevado por un vals bien ejecutado; el clavicémbalo, por primera vez se percibe con toda claridad, nota por nota, compás a compás; el ruido escandaloso en tu cabeza le cede el lugar a un imaginado Scarlatti que se transporta con destreza y agilidad; y este conjunto de hechos te señala que ya no hay que caminar más. Tomas la manija y retiras la mano, la tomas de nuevo y aún no te decides a dar el insignificante giro; es la oportunidad que tanto anhelaste y no la puedes desperdiciar ahora que la música es como un reflector dentro del Museo; das con la clave y entras ahora o renuncias a tu vida-mirlo. Tienes las piernas relajadas, demasiado tranquilas a pesar de la situación. Por fin te decides, giras media vuelta la manija, escuchas un tenue rechinado y piensas: la abro poco a poco o de sopetón, te decides por el sopetón, pero antes opinas que todo es ridículo, que hasta decir sopetón es una imbecilidad; abandonas esas ideas y volteas hacia atrás como deseando que Lú venga del pasillo y te diga: “ten la vela que quiere papá”, pero sabes que andas buscando una disculpa para no entrar, para regresar al estudio y hacerte el que nada sabe, que no encontraste velas y que al fin y al cabo ya te ibas, pero el melódico volar del murciélago te retiene, hace que te aferres a la manija como si fuera una pistola y tuvieras que matar a alguien y que si no lo matas él te mataría a ti; no lo piensas más y abres, empujas la puerta y pegas el grito más terrible, doloroso, que hayas pegado nunca al descubrir que Lú viene de frente sosteniendo una vela que le alumbra el rostro y que te dice: “Qué te pasa, Otto”, y casi a punto del desmayo escuchas que Wilhelm viene hacia ustedes. Te recargas en la puerta. no puedes articular palabra alguna; la luz de la vela te muestra el cuarto y lo vas recorriendo con la mirada: escobas, sillas rotas, cajas destartadas, varios pájaros disecados sin alas o sin patas o con el aserrín de fuera, frascos; intentas entrar para mirar al fondo pero Lú te propone que salgan. Llega Wilhelm, en tanto que tú has hecho a un lado a Lú y ya en el interior del cuarto observas varias vitrinas amontonadas entre las que destaca una que tiene una tarjetita amarillenta que dice:

OTTO

...desde luego que el embrión prosigue su desarrollo, pero el resultado en la mayoría de los casos, es nefasto.